

# LA CIUDAD LEVÍTICA

---

Un último y personal adiós al amigo de México

## Juan Pablo II y yo

*"...los miles de ríos de tinta que sirvieron para escribir sobre éste hombre fueron superados por los ríos de lágrimas y oraciones para agradecer a Dios, por darnos a aun hombre tan extraordinario para anunciar a su hijo Jesucristo al mundo..."*

Autor Roberth Phoenix

Han sido miles de ríos de tinta los que se han usado para escribir millones de líneas acerca de este extraordinario hombre. Muchos hablarán de su vida, de cómo su madre decidió no abortarlo, de cómo siendo niño, Pío de Pietalcina profetizó que sería Papa cuando lo conoció o quizás de su vida en Polonia, algunas líneas más para hablar de su vocación, de su respuesta al llamado de Dios, de cómo se enamoró de Cristo.

Millones de periódicos, programas de radio, televisión, Internet, hablarán de su juventud, de su sacerdocio, de cómo fue elegido para ser Papa, quizás hablarán de sus libros, de sus viajes, de sus documentos, quizás del atentado que sufrió contra su vida. Otros hablarán de su lucha por la paz y de los reconocimientos que recibió por ello, incluyendo el premio Nobel.

Pero lo cierto es que para todos los habitantes de este planeta la figura de Juan Pablo II nos ha tocado de uno u otro modo. Incluyendo a cristianos y a no cristianos. Para algunos fue un líder espiritual, para otros una figura mundial, para unos más un promotor de la paz, pero sin lugar a dudas, todos reconocemos que él fue uno de los grandes hombres de nuestra era.

Para muchos de nosotros el único Papa que hemos conocido. Para mí, un hombre al que agradezco su continua presencia en mi vida, pues los vínculos que tuve y aún tengo con este hombre maravilloso, han determinado el camino de mi propia vida.

Me explico. En 1978, mi madre de tan solo 21 años, dio a luz a su primero y único hijo, un varón. Ese mismo año Juan Pablo II fue nombrado Papa de nuestra Iglesia Católica. Más importante fue en este año cuando él viajó a México, nuestro país, nuestra tierra, y mi madre conmigo en brazos pudo experimentar la presencia anunciante del amor de Dios reflejadas y proclamadas por éste hombre. Aquel encuentro marcaría mi vida por siempre.

Años después, Juan Pablo II regresaría a México por segunda vez, yo era un chiquillo de unos escasos 9 o 10 años según recuerdo, aquel hombre me impactó ¿Por qué la gente lo seguía? ¿Por qué se congregaban multitudes para verlo, para escucharlo? Es decir, yo sabía que él era el representante de Cristo y líder de la Iglesia, pero aquello me impresionó.

Recuerdo en específico los momentos de su partida, cuando subió al avión, dio la bendición y se marchó, recuerdo las lágrimas de mi madre corriendo por su rostro, y recuerdo haberme sorprendido al descubrir mis propias lágrimas cayendo de mis ojos. Me dolió verlo irse, entonces entendí que él no era un hombre cualquiera y que había un vínculo entre nosotros, un vínculo entre el representante del cristianismo a escala mundial y un jovencito de origen latino que nunca en su vida había cruzado palabra con él.

Pasaron los años, y aunque estudié mucho sobre su vida, sobre sus actos y sobre los llamados a la humanidad que ha hecho en diferentes realidades, él seguía siendo un misterio para mí. Los años corrieron y me convertí en un adolescente, con los clásicos conflictos de la edad, sin querer saber nada de la vida, de Dios y mucho menos de la Iglesia.

Pero fue dentro de esos años de ateísmo precisamente que la figura de Juan Pablo II reapareció en mi vida de una manera que nunca pensé fuera posible. Juan Pablo II decidió visitar México una vez más y debo admitir mi actitud de aparente indiferencia, sólo era un escudo para proteger y disimular mi gran sensación de encontrarme perdido y sin rumbo en mi vida.

Vi a miles de jóvenes congregarse para un encuentro maravilloso con el Santo Padre en el Estadio Azteca, recuerdo frases como "México sabe rezar, México sabe cantar pero sobre todo México sabe gritar". Aquellas palabras dibujaron una sonrisa en mi rostro. Y fue precisamente en ese día que Juan Pablo II pidió a todos esos jóvenes ahí reunidos que oraran por los jóvenes que nos encontrábamos alejados de Dios.

Aquellos miles de muchachos pidieron entonces a Dios todopoderoso por nosotros, por mí incluido. Y recuerdo que pensé, lo ridícula que era la idea, es decir, solo porque miles de personas lo desearan, yo no iba a cambiar mi vida, pues eso no tenía que ver con migo. Que equivocado estaba. No tenía idea del poder de la oración. Tres meses después vino mi conversión, y entonces no pude evitar pensar que fueron aquellas miles de oraciones incitadas por Juan Pablo II las que llegaron a Dios e hicieron el milagro.

Comencé mis años al servicio de la Iglesia y paralelamente mis estudios en mi fe, paralelamente me dediqué a profundizar los estudios sobre este gran hombre y a devorar sus libros. Pude entender de muchas maneras la humanidad de aquel hombre santo. Pude descubrir un nivel de teología de las grandes ligas, al cual yo no pertenecía pero que me dejaba un sabor de boca inigualable e el alma.

Durante esos años, los mejores de la vida, vi como el alguna vez, joven y saludable Papa, se iba convirtiendo en un débil y frágil hombre fortalecido en Dios, siendo un ejemplo vivo del confort en Dios ante la enfermedad. Vino la Jornada Mundial de la Juventud y después un nuevo encuentro en México, el último, en el cuál Juan Diego, sería elevado al rango de santo. Vi entonces a un Juan Pablo cansado, enfermo, frágil que no pudo besar el suelo, disminuido en fuerzas por su dolor. Aún así su presencia profética era la misma.

Llegó abril del 2005 y con ello un momento inevitable, el deceso del Papa. Recuerdo haber platicado muchas veces de aquel día con mi madre, pensando en que cuando el día llegara el mundo se conmocionaría y seríamos muchos los que lloraríamos la pérdida de nuestro guía espiritual, pero que al mismo tiempo sabríamos que estaría inmediatamente en el reino y la presencia del Padre Todopoderoso por ser un siervo inigualable.

El día llegó y el mundo guardó silencio. No por dolor, no por luto, sino por amor. Entonces los miles de ríos de tinta que sirvieron para escribir sobre éste hombre fueron superados por los ríos de lágrimas y oraciones para agradecer a Dios, por darnos a aun hombre tan extraordinario y con el fuego del Espíritu Santo para anunciar a su hijo Jesucristo al mundo. Que Dios y María te guarden siempre Juan Pablo Mariano, Juan Pablo del mundo, Juan Pablo mexicano, Juan Pablo amigo. Descansa en Paz Juan Pablo II.

Cosas que pasan en la ciudad Levítica...

Comentarios:

[roberth\\_phoenix@hotmail.com](mailto:roberth_phoenix@hotmail.com)